

4
JULIO CAPITOLINO *(Genier Villar)*

LOS
BUFONES DE LA REVOLUCION

*« Quamvis jurato
« Metuam tibi credere testi. »*
JUVENAL.—Sátira V.—Parasiti.



VALPARAISO

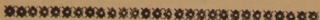
IMPRENTA VALPARAISO.—CHACABUCO 7

1893

BOFONES DE LA REVOLUCION



~~~~~  
A mi amigo  
DON EFRAIM VASQUEZ GUARDA  
Erudito literato y crítico.  
**Julio Capitolino.**  
~~~~~

Damos hoy a la estampa una carta de Elio Vorano intitulada *El Manifiesto del Príncipe* y dirigida a su amigo Pantolabo.

Para la completa intelijencia de dicha carta no menos que para otros fines, hemos creído necesario hacerla preceder del editorial que, con el mismo título, publicó *La Patria* de Valparaíso el 18 del mes que rije.

Ese editorial nos presenta además algunas líneas de la fisonomía moral de su autor, o sea, del personaje de quien se ha dicho haber sido el alma de la revuelta del 91, y el Mentor del Gobierno, después del triunfo de la misma.

El documento de que hablamos será, pues, de suma importancia al futuro historiador, y hé aquí otra de las razones para trasladarlo de los editoriales del diario, difícil de consultar, a las páginas del presente opúsculo.

EL MANIFIESTO DEL PRÍNCIPE

(Editorial de *La Patria* de Valparaiso del 18 de octubre)

La prensa de la capital acaba de reproducir un manifiesto escrito o hecho escribir en Buenos Aires por el patricio a quien el gran demócrata o *mártir de la dictadura* elijió por *broma* para su sucesor.

El elegido de entonces ha *tomado a lo serio* su papel de príncipe desterrado y se cartea con sus súbditos y los mantiene al corriente de sus proyectos y esperanzas, sin imaginarse que *seria mas fácil que el gran Antonio Orelie I resucitara sobre el trono de la Araucania* a que él ocupe el trono del Huelen o del Mapocho.

Cómo *se reirán de su alteza los truhanes* que le rodean y le hacen respresentar a *lo serio* el papel de heredero y de unjido del dictador! Por eso dice, mui conpunjido, el *cándido* patricio que su fortuna va disminuyendo considerablemente de dia en dia, como si el papel de pretendiente no impusiera deberes! Es esto uno de los arranques mas *cursis* e

impolíticos del manifiesto, porque cuando un príncipe se queja de pobre está irremediabilmente perdido.

Dias antes de la aparicion del verdadero y auténtico manifiesto de que damos cuenta habia circulado otro apócrifo que sus oculto autores atribuian al antiguo huésped de la Alhambra; pero el auténtico, que acaba de aparecer, supera al inventado. *Si hai algo difícil en literatura es imitar con fortuna las ocurrencias de don Claudio. Ni Figaro, ni Jotabeche podrian plajiar las producciones políticas de este portento nacional.*

Y con qué soberano desden trata el príncipe a los miembros del Senado de Chile que lo declararon *traidor a la patria!* Pero los perdona a todos mientras él no acepta el perdon de nadie. En esta escena del manifiesto parece que el lector asistiera a la representacion del cuarto acto de *Hernani*, cuando Cárlos V., con el casco de oro sobre su cabeza y la capa blanca sobre sus hombros, se muestra en toda su grandeza y clemencia. Al único que no perdona este Cárlos V. de los teatros de Buenos Aires es al honorable autor de la acusacion que le ha hecho *marcar en l frente con el estigma de los grandes bribones.*

En verdad, cuando se conoce a fondo a *estos pobres actores de melodrama* que la dictadura levantó hasta la tragedia, llega a desearse que semejante proceso se hubiera dejado de la mano y que la comisión parlamentaria de que ha sido el alma el señor Zegers hubiera hecho lo que los otros, no cumplir con el encargo recibido. Pero el eminente político que preside las sesiones de la Cámara joven comprendía la importancia trascendental de ese proceso necesario para justificar a la revolución de los cargos que más tarde pudieran hacerle los hombres que, sin conocer todos los antecedentes y sin disponer de los documentos necesarios, escriban la historia de esa época terrible.

La empresa era atrevida y vasta: había que luchar contra la indiferencia y fastidio de los hombres, fatigados después de una larga campaña y que deseaban el descanso después de la victoria; había que luchar contra el egoísmo de todos, de los grandes y de los pequeños actores. ¡Qué mundo de esfuerzos se ha necesitado para buscar y reunir las pruebas del histórico proceso! Sólo los que algu-

na vez se han visto empeñados en una labor parecida podrán estimar toda la magnitud de la empresa.

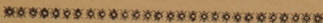
Para realizarle con fortuna se necesitaba de un hombre de carácter, de una vasta preparacion y de una perseverancia heroica, y el señor Zegers ha manifestado poseer todas esas grandes cualidades. El señor Zegers habia fustigado a esos hombres cuando eran poderosos y *se preparaban para el crimen*. Todavía resuenan las condenaciones viriles del patriota y del político que presentia el peligro y lo denunciaba ante el país. Se necesitaba tambien de mucha enerjia para atacar de *frente a los caidos, terribles todavía por la diatriba y la calumnia venenosa que se desprende de las vívoras aplastadas*.

Dice el príncipe que solo se ha llevad^o a cabo la acusacion contra el Ministeri^o que él presidió, porque solo se ha tenid^o en cuen a el odio a su persona. La vanidad ofusca al príncipe. Se ha dado preferencia a esa acusacion sobre todas las otras, porque los *mas grandes culpables de la dictadura* fueron los hombres que componian ese Ministerio, porque fueron ellos los que se atrevieron a saltar la

valla, a echar al suelo la Constitucion venerable que durante mas de medio siglo nos habia dado la libertad y el órden de que hemos disfrutado, que nos habia hecho prósperos y fuertes.

La obra que ha llevado a cabo el señor Zegers y sus distinguidos colaboradores, los señores Mathieu y Barros Mendez, ha merecido bien de la patria. Basta ver el prestijio creciente que rodea el nombre del primero de sus autces, nombre que ha quedado ligado a la historia no solo como el de uno de los mas ilustres campeones de la revolucion, sino como el de un lejislador de rara penetracion y talento, que lega a la posteridad uno de los documentos mas notables del parlamento chileno.

I. Barros Mendez



EL MANIFIESTO DEL PRÍNCIPE



Carahue, a 25 de octubre de 1893.

Querido Pantolabo:

Supongo que ya habrás leído, y mas que leído, saboreado como yo, el editorial que, con el título *El Manifiesto del Príncipe*, publiqué, el 18 del mes en curso, en el diario *La Patria* de Valparaiso.

En dicho editorial, escrito en el estilo que cuadra a mi educacion finísima y a mi trato social esmerado, los cuales no me permiten usar de las groserias, insultos y calumnias, propios solo de la jente mal nacida, te vindico de las ofensas que Claudio Vicuña ha tratado de inferirte a tí y a todos los grandes *patriotas* autores del alzamiento del 7 de enero de 1891.

Como tú sabes, Claudio ha dado a luz en los diarios de Buenos Aires un Manifiesto en el que te *lanza flechas envenenadas*, intentando *herirte por la espalda*.

Estipendiados, por North y Edwards, tú y yo y tantos otros miembros de la gloriosa revuelta, en compañía iniciamos la campaña contra la funesta Dictadura, guiados por supuesto del mas intenso cariño a la patria.

No habria sido, pues, lójico ni decoroso que, derrocada la Dictadura y repletas nuestras bolsas de marsupiales, mi compañerismo y mi amor patrio hubiesen tolerado, ni siquiera *por broma*, los ataques que el pretendiente ha dirigido contra tí y contra nuestro idolatrado Chile, dueño del benéfico abono de Tarapacá.

Tú conoces de sobra, mi digno amigo, las riquezas que las calicheras tarapaqueñas me han deparado a mí, ayer indijente al extremo de tener que alumbrarme con cirios de la sacristia, y hoy millonario, señor magnífico, poseedor de rejios palacios en la ciudad y de valiosas estancias en el campo, como los grandes de coturno en la antigua Roma.

¡Oh mil veces bendito alzamiento del 7 de Enero del 91!

Pero, el pretendiente no solo te ha ofendido a tí, querido Pantolabo, sí que tambien a mí, segun vas a verlo.

En la pájina 11 del *Manifiesto* referido, el patricio sucesor *por broma* de Balmaceda, dice así:

«¿Que fué del *infame* peculado Dreyfus, imputado con tanta violencia y calor a la administracion Balmaceda, reclamacion desechada con tanta altura por esta y reabierta hoi con tanto daño para Chile, con tanta depresion de los intereses del Perú, en mengua del prestigio de las naciones sud-americanas y tal vez CON HARTURA DE ALGUN MINISTRO INESCRUPULOSO, y con aplauso tan universal de los mismísimos revolucionarios, que arrojaron vil protesta a la frente de hombres jamas sospechados?»

Estas alusiones malévolas e injuriosas hechas por Vicuña a mí, cuya probidad es universalmente reconocida, han sido causa de que, ante ellas, yo me haya retorcido de furor, a guisa de víbora aplastada, arrojando toda la ponzoña interior en mi editorial citado, *El Manifiesto del Príncipe*.

No lo dudes, que cualquiera podrá con-

vencerse de ese aserto, con registrar los editoriales del diario *La Patria*, donde el lector encontrará hacinados la diatriba, la calumnia y el cinismo que deben caracterizar a todo Sileno de buen linaje.

Me ultraja por cierto Vicuña, en lo mas íntimo de mi honor y dignidad, cuando afirma que es un peculado *infame* el convenio Errázuriz-Bacourt, por el cual quedan reconocidas las pretensiones de Dreyffus.

Me ultraja tambien en lo mas vivo de mi acendrado patriotismo, cuando asevera que dicho convenio importa un daño inmenso para Chile, como si a una nacion rica hasta la plétora no conviniera de cuando en cuando una saludable sangría, hecho acreditado por la historia y de todo punto necesario para restablecer el equilibrio anhelado; y como si nada valiese a la República el que uno de sus hijos mas preclaros, Ministro de *Relaciones Exteriores*, sea conocido en *el exterior*, a fin de que esas relaciones puedan tener un cimiento estable, cosa de provecho y honra para el pais y de honra y provecho para el Ministro que quiera mirarse

en el espejo del secretario de Estado que ajustó el pacto aludido.

Me ultraja, en fin, Vicuña cuando, con injusticia notoria, dice que yo soi un hombre *inescrupuloso*, y cuando, acudiendo a una metáfora cobarde e indigna, espresa que CON HARTURA MIA he reconocido y aceptado las reclamaciones de Dreyffus, lo que implica afirmar que Dreyffus *me ha comprado* la celebracion del pacto consabido; o, en otros términos, que he vendido al extranjero la nacion y mi conciencia, y por tanto que soi traidor a la patria, calumnia atroz inferida a un hombre de antecedentes bien establecidos, de honradez acrisolada, y sobre todo, retirado de los negocios públicos para dedicarse a la vida privada.

Cierto es que, en una de las sesiones de la Cámara de Diputados, Cárlos Walker Martinez me apostrofó comparándome con el lejendario personaje que habitaba en aquella horrible espelunca de que Evandro hablaba a Eneas, despues de haberse comido los lomos de un buei entero y las entrañas consagradas.

Cierto es que Pedro Montt me increpó en la misma Cámara el negocio de los libros para el rejistro civil, negocio que,

en mi calidad de industrial, podía celebrar con el Gobierno a la vez que, como diputado, daba mi voto aprobatorio a los gruesos ítems del presupuesto destinados al pago de los tales libros.

Cierto es todavía que ese juglar de Mauricio Hervey me imputó desde el diario dictatorial *La República*, hechos que no debo reproducir aquí, y cierto, en fin, que un radical, el redactor de *El Deber* de Valparaíso, me denostó con imputaciones análogas.

No puedo negar que todas estas ofensas las recibí con la impasibilidad que es peculiar de los grandes jenios oratorios, como Esquines y Demóstenes, quienes permanecían sin inmutarse en presencia de las sangrientas injurias que mutuamente se lanzaban ambos en la *Agora*.

¿Por ventura soi yo menos que Demóstenes o Esquines?

Pero, tú, mi buen Pantolabo, comprendes bien que estas calumnias y estas infamias son exclusivamente obra de un ex-enemigo clerical, de un ex-adversario nacional, de un truhan del partido radical, al que en otro tiempo pertenecí,

y de la serie interminable de los truhanes que rodeaban al Dictador.

Sería mas fácil que el excelso Orelie Antonio I resucitara «sobre el trono» (no «en el trono»), antes que estos actores de melodrama pudieran empañar mi immaculado nombre.

Mas, veo que el diapason ha llegado a una nota inconveniente para mí, la de la seriedad, siendo que no deben tomarse «a lo serio» (no «en serio»), por Sátiro alguno, ni las producciones de esa jente vil que el *Mártir de la Dictadura* eligió por sus instrumentos y sus cómplices, ni las ocurrencias de don Claudio, difíciles de imitar en literatura e imposibles de plañir, aun para un Figaro o un Jotabeche ¡qué digo! aún para mí mismo, que soi un ser imitativo por excelencia, y en grado tal, que mis mas aplaudidos arranques oratorios son, no parto mio, sino de otras inteligencias.

Y si no, ahí está aquella tremenda invectiva que dirigí a Altamirano en tiempo no remoto.

¿Te acuerdas?

«A su señoría, decia yo entonces, le han mandado que venga a enfadarse, y su señoría se enfada. Mañana le ordena-

—y, en fin, tantos otros actos y providencias útiles a la salud y adelanto del Estado, y para cuya concepcion y ejecucion es necesario poseer el cerebro y la imaginacion ardiente de uno de esos tiranuelos de las tribus del Africa central, los únicos hombres aptos para gobernar una república parlamentaria como la nuestra.

Los resultados han sido espléndidos: la nacion nada en la miseria y el desprestijio.

El cambio a 13 peniques lo demuestra a la evidencia.

Diríase de ella que es un campo de ruinas, y quizás un vasto cementerio.

¿Qué pruebas mas concluyentes de mis talentos de político?

Como orador, únicamente he podido alumbrar el Parlamento con luces de Bengala.

Como literato, lego a mi pais los valiosos editoriales de *La Patria*, y en especial, el *Manifiesto del Príncipe*, las *Filípicas contra Rafael Sotomayor y el Monttvarismo* en jeneral, y otras piezas de menor efecto.

En cuanto a libros, nunca llegué a publicar uno solo, a pesar de que en 1879

me obligué, por 5,000 pesos, a escribir la historia de la Guerra del Pacífico.

Pero, si carezco de los conocimientos indispensables para ser estadista, orador de Parlamento y literato, en cambio poseo sí el don de aparentar tener tales conocimientos, lo que he conseguido fácilmente por la via de la imitacion.

Recordando a Fóscolo, que se inspiraba en su celeberrimo *Zibaldone*, donde habia grabado los pensamientos mas sobresalientes de los poetas antiguos y modernos, yo tambien me he fabricado un *Zibaldone*, pero no ya poético, sino oratorio.

Este in folio mio es el arsenal del cual saco la materia prima y los relumbrones de mis discursos, lugares comunes, vanas declamaciones para la jente ilustrada, y motivo de admiracion y embobamiento para la muchedumbre de los ignorantes.

Ahora se comprenderá cómo tales discursos, me han llevado a los mas altos honores y rendídome los mas positivos y eficaces provechos.

Muchas confiancias te he hecho, mi buen Pantolabo.

Por tanto, pongo fin a esta carta, no

sin que mis temibles baterias arrojen la postrera andanada de improprios y de insultos a esos grandes bribones de los dictatoriales, que, verdaderos Quijotes, han preferido la pobreza o la miseria y toda clase de males a vivir siquiera un momento deshonrados.

Por lo demas, confio fundadamente en que la posteridad ha de apreciar, en lo que valen, mis magnos hechos y esculpir la gloria que ellos irradian ya sobre mi noble y majestuosa frente, no en el bronce o mármol de una mísera estatua, que eso seria ultrajante para lo colosal de mi talla, pero sí en indestructible granito, para lo cual el Congreso, digo mal, el *Parlamento* de mi pais, hará traer de la tierra de los Faraones (así lo espero) la mayor de las pirámides, la de *Guizeh*, mole gigantesca y único monumento capaz de soportar en sus vastas y durísimas caras el peso inmenso de la inscripcion que la Patria y la Humanidad arrobadas han de dedicar a la memoria de mi fama inmortal.

Tuyo,

ELIO VORANO.